

MANOLO E. VELA
CASTAÑEDA



MANOLOVELA@IBEROMX

Chistes

Mi relación con los libros empezó desde pequeño. Pero no empezó precisamente leyendo libros. Todos los fines de semana yo era parte de un ritual: que mi papá me comprara un chiste¹.

Leía de todo: desde Aniceto (*Andanzas de Aniceto*) y *Hermelinda Linda* (“Revista Cómico-Satírica para Adultos”), *Capulina*, *Kalimán*, *Butch Cassidy*, *El Llanero Solitario*, *Superman*, *Tarzán*, *La Pequeña Lulú*, *El Super-Ratón*, *Roy Rogers*, *Tom y Jerry*, hasta las *Historietas de Walt Disney* del Pato Donald, el Tío Rico y sus sobrinos (con los cuartos enteros llenos de dinero, donde los personajes se lanzaban a nadar).

Era un momento mágico: íbamos con don Tono, a la librería el Palacio de las Revistas (que todavía existe), o en algún lugar del mercado “La Terminal”, en Mazatenango, y yo sabía que el sábado me tocaba elegir cuál historieta me iba a llevar a la casa. Seleccionarla era más o igual de emocionante que leerla. Me tomaba mi tiempo, hojeando unas y otras, que destrababa –con mucho cuidado– de los ganchos de ropa que colgaban de unos lacitos.

Después, venía el otro ritual: leer la historieta. Al principio, mi papá me las leía, y disfrutaba mucho escuchando su voz. Ya luego, cuando yo me las leía, procuraba llegar a casa y hacerlo de inmediato.

Todos los viernes, ya sin la tarea de la escuela, organizaba un “viernes de chistes”. Esa tarde me daba a la faena de traer el rimerero de chistes, que colocaba a un lado de una silla especial, y empezaba a releerlos todos.

La manera voraz como me los leía, me hacía imaginar con ansiedad qué vendría en la siguiente página. Buscaba las mejores historias, me encantaba cómo titulaban los episodios, quiénes eran los que –además de los protagonistas– intervenían, la estructura de los diálogos, las ilustraciones, los colores y las otras voces, que servían para describir lo que iba sucediendo. Hasta los anuncios me impactaban. Especialmente esos cursos de Charles Atlas, a donde me quedé con la gana de escribir, para esperar, a la vuelta de correo, mi curso de fisiculturismo, de aviación o de astronomía.

Sin saberlo, esto de los chistes estaba siendo la primera de mis obsesiones en la vida. Ya después, mi amigo Roberto, me descubrió que yo padecía de eso: de



ILUSTRACIÓN: JORGE DE LEÓN > EL PERIÓDICO

obsesiones. Y es así como ha sido siempre, y así es como sigo: obsesionado con cosas.

Ahora, con más de cuarenta años bien cumplidos, valoro aquellos chistes como lo que fueron: mi iniciación al irresistible arte de contar historias; y algo más, porque, como sociólogos, se nos impone la obligación de ofrecer, además, explicaciones sobre lo que ocurrió, y también sobre lo que está ocurriendo en las sociedades.

No tuve a la mano una gran biblioteca, cargada de clásicos y no lo lamento. Algunos de mis amigos tenían enciclopedias de cuentos, que sus papás les compraban. En aquella época, para mí los libros –los de verdad– eran unas obras empastadas en color verde, de los clásicos de la literatura, que mis papás comentaban entre ellos y con mi hermano mayor.

Ya después, aquel ritual de los chistes se acabó. A inicios de los años ochenta nos fuimos a vivir a la

capital. La vida nos cupo en el pickup blanco de don Jilmar, un vecino que se dedicaba a hacer fletes. Y así fue como una madrugada llegamos a nuestra nueva casa, en la zona 7, en la colonia Quinta Samayoa. En la palangana nos acomodamos, como pudimos, junto a los chunches y hasta unas macetas, una gata, y unas tortugas, con mi primer gran amigo: Fabián, que me acompañaba, para despedirme.

Allá iba a quedarse –y yo para siempre– los almendros, eso árboles que crecen por pisos; las casas de madera carcomida; el ensordecedor ruido de los zanates y los clarineros, que a las cinco de la tarde empezaban a acomodarse en el palo de hule, que estaba en la esquina del mercado La Terminal (esquina opuesta a la gasolinera, donde tomaban los buses para la capital); el Nacimiento gigante que todos los años hacía el maestro José Arana Miralles, también conocido como “palitos chinos”

y su hermano; el sabor de los mangos de pashte, que decían que sabían mejor si se comían de noche y con las luces apagadas (porque así uno no miraba si tenían o no gusanos); los ríos, a donde íbamos a pasear los fines de semana; las casas con barandas en lugar de puertas; las lluvias intensas, de todas las tardes del invierno (nunca hacía falta indagar si llovería, porque todas las tardes iba a suceder lo mismo); las sandías gigantes, tan grandes como un pequeño submarino; la gente platicando afuera de sus casas, con sus sillas, en el fresco de las noches; el ruido de los aguaceros en las láminas oxidadas, que dejaba a todos sin poder escuchar nada.

Así pasó mi infancia, entre las historieta, en Mazatenango, el pueblo que se parecía en todo a otros, en otras partes.

1.- Chistes, era el nombre con el que en aquel entonces, los años setenta, se conocía a las historieta cómicas, tiras cómicas, o cómic humorístico.